nes es un día especialmente consagrado al culto de tan amoroso Corazón, según el encargo expreso del mismo Jesucristo á su gran sierva Margarita María Alacoque. Acércate, pues, á la sagrada Mesa todos los viernes del mes para honrar especialmente al sagrado Corazón de Jesús y los misterios de su amor.

Haciéndolo así, satisfarás los deseos de nuestro amado Pontífice Pio IX, que tanta gloria ha dado al divino Corazón, y que no ha mucho, escribiendo á un obispo, le decía: «Nada deseamos tanto como ver á los fieles honrar, bajo el símbolo de su santísimo Corazón, la caridad de Jesucristo en su Pasión y en la institución de la Eucaristía; deleitarse contínuamente en tan gratos recuerdos, y renovar contínuamente su memoria.»

A ese amorosísimo Corazón acudamos con confianza; Corazón siempre inflamado de amor por nosotros, aunque tan mal correspondido; Corazón que encierra todos los tesoros de la misericordia divina; que encuentra sus mayores delicias en estar entre los hijos de los hombres; el más poderoso de todos los corazones, de los cuales dispone á su gusto, y cuyos más secretos resortes mueve; altar en el cual se ofrece el único sacrificio de los cristianos, en el cual deben nacer y vivificarse nuestros votos si queremos que lleguen hasta Dios, y á cuyas plantas aprenderemos la ciencia de las ciencias, la única necesaria, la ciencia del verdadero amor, de la verdadera felicidad.

EL SAGRADO CORAZON DE JESUS

I

Como Nuestro Señor Jesucristo reveló milagrosamente el misterio de su sagrado Corazón por medio de la beata Margarita María Alacoque.

Esta santa Religiosa, que vivió en el siglo XVII, fué objeto de frecuentes y extraordinarias manifestaciones del adorabilísimo Corazón de Jesús. Pertenecía á una honrada familia de la magistratura, de Borgoña. Después de una juventud inocentísima y probada por todo género de trabajos, entró en 1671 en el monasterio de la Visitación de Paray-le-Monial á la edad de veintitres años, y en él murió santamente en 1690.

Cuatro siglos antes Santa Gertrudis, abadesa benedictina de Heldelfs en Alemania, nos anunciaba la devoción al sagrado Corazón de Jesús como el gran remedio opuesto por Nuestro Señor á la decrepitud del mundo; pero Dios al parecer tenía predestinada á la beata Margarita María para ser el apóstol del culto al sagrado Corazón, y á ella efectivamente se debió, de un modo especial, con la aprobación de la Santa Sede, su propagación en la Iglesia. «A Mar-

garita María (dice en efecto Pio IX en el decreto de beatificación) se dignó elegir el Señor para establecer y difundir entre los hombres un culto tan piadoso, saludable y legítimo.» Y la eligió por medio de admirables y milagrosas revelaciones que la Iglesia ha aprobado y que respiran el más puro amor de Dios.

Corría el año 1673. Hacía solamente dos que Margarita había abrazado el estado religioso, y era ya de una santidad consumada, brillando por su humildad, su caridad y toda suerte de virtudes. Un dia, orando delante del Santísimo Sacramento, gozosa porque sus muchos quehaceres le permitían dedicar más tiempo que de costumbre á tan santa ocupación, se sintió tan poderosamente poseida de la presencia de Dios, que perdió el sentimiento de sí misma y de todo lo que la rodeaba. «Me abandoné, dice, á ese divino Espíritu, entregando mi corazón á la fuerza de su amor.

«Mi soberano dueño me hizo repozar largo tiempo sobre su divino pecho, donde me descubrió las maravillas de su amor y los secretos inefables de su sagrado Corazón. Me abrió por primera vez aquel divino Corazón de una manera tan real y sensible, que no me dejó lugar á ninguna duda tocante á la verdad de esta gracia.

« Jesús me dijo: —«Mi divino Corazón está tan lle-
« no de amor á los hombres, y á tí en particular, hija
« mía, que no pudiendo ya contener las llamas de su
« ardiente caridad, es preciso que las derrame por
« tu medio y que se manifieste á ellos para enrique-

« cerlos con los tesoros que encierra. Te descubro el
« precio de estos tesoros, que contienen las gracias
« de santificación y salvación necesarias para sacar al
« mundo del abismo de la perdición. A pesar de tu
« indignidad é ignorancia, te he escogido para el cum-
« plimiento de este gran designio, para que sea más
« manifiesto que soy yo quien lo hago todo.»

«Dicho esto, el Señor me pidió mi corazón. Yo le supliqué que lo tomara, y así lo hizo; y, poniéndolo junto á su Corazón adorable, me lo mostró como un átomo que se consumía en aquel horno encendido. Luego retirándolo de allí, como una ardiente llama en forma de corazón, volvió á ponerlo en su primer sitio, diciéndome: —«Hé aquí, amada mía, una precio-
« sa prenda de mi amor; he encerrado en tu costado
« una centellica de las más vivas llamas de este amor,
« para que te sirva de corazón y te consuma hasta
« el último momento de tu vida. Sus ardores no se
« extinguirían jamás. Y para dejarte una señal de
« que la gracia que acabo de hacerte no es una ilu-
« sión, y que debe ser el fundamento de las demás
« que seguirán, aunque haya cerrado la llaga de tu
« costado, sin embargo siempre sentirás allí dolor.
« Hasta hoy sólo te has llamado sierva mía; desde aho-
« ra te doy el nombre de Discípula muy amada de mi
« sagrado Corazón!»

« Tan señalado favor, añade la beata Margarita, duró muchísimo tiempo. Yo no sabía si estaba en el cielo ó en la tierra. Durante muchos dias permanecí

como embriagada, y de tal manera encendida y tan fuera de mí, que no podía pronunciar una sola palabra. No podía dormir, porque esta llaga, cuyo dolor me es precioso, me causaba tan vivos ardores que me consumía y me hacía arder viva. Sentíame tan llena de Dios, que no podía expresarlo á mi Superior como hubiera querido, á pesar de la pena y confusión que siento en decir semejantes favores.

«Desde aquel día, cada primer viernes de mes, el sagrado Corazón de mi Jesús se me representaba como un sol brillante cuyos ardorosos rayos caían á plomo sobre mi corazón; y entonces me sentía abrasada de un fuego tan vivo que me parecía iba á reducirme á cenizas.

«En aquellos momentos particularmente era cuando mi divino Maestro me instruía y descubría los secretos de su adorable Corazón.»

¡También nosotros, Jesús, Señor y Salvador nuestro, á pesar de nuestra indignidad y de nuestras miserias, ó más bien á causa de las mismas, queremos estar expuestos á los benéficos rayos de vuestro Santísimo Corazón; queremos que esas llamas divinas consuman nuestra tibieza, y que nos purifiquen de todos nuestros pecados!

¡Oh Jesús, rocío del cielo, llama de amor y manantial de la gracia! abrasad, purificad y poseed todo mi corazón! ¡Oh divino Amor! creced y reinad en mí; multiplicaos y reinad en toda la tierra como en el Paraíso de los Bienaventurados!

II

Segunda revelación del sagrado Corazón á la beata Margarita María

«Un día, escribe esta santa Religiosa, estando expuesto el Santísimo Sacramento, me sentí retirada á mi interior por un recogimiento extraordinario de todos mis sentidos y potencias. Jesús, mi dulce Dueño, vino á mí resplandeciente de gloria con sus cinco llagas que brillaban como soles. De aquella santa humanidad irradiaban llamas de todas partes, pero sobre todo de su adorable pecho, que parecía un horno, y que, abierto á mis miradas, me descubrió su amabilísimo Corazón, que era la fuente viva de aquellas llamas.

«Dióme á conocer al mismo tiempo las maravillas inefables de su puro amor, y hasta qué exceso había llevado este amor hacia los hombres. Lamentó su ingratitud, y me dijo que de todos los sufrimientos de su Pasión este le había sido el más sensible. —«Si me «correspondiesen, añadió, cuanto hice por ellos sería «poco á mi amor. Pero no tienen para mí más que «frialdad, y á mis amorosas ansias responden sólo «con el desdén. Dame tú al menos, mi hija amada, «el consuelo de suplir á su ingratitud cuanto te sea «posible.»

«Y como yo le manifestase mi insuficiencia, me

contestó: —«Toma, ahí tienes con que suplir á todo «lo que te falta.»—Y al mismo tiempo, abriéndose su divino Corazón, salió de él tan ardiente llama, que pensé iba á consumirme: penetróme toda, y no pudiéndola ya sufrir, le pedí que se apiadase de mi debilidad. —«Yo seré tu fuerza, me dijo entonces bonda«dosamente; nada temas. Pero presta atención á mi «voz, y disponte á cumplir mis designios.

«Primeramente, me recibirás en la santa Comu«nión cuantas veces te lo permita la obediencia, no «obstante cualquiera mortificación y humillación que «de esto te proviniere: estas son prendas de mi amor.

«En segundo lugar, comulgarás además todos los «primeros viernes de cada mes.

«En tercer lugar, todas las noches del jueves al «viernes te haré participante de aquella tristeza mor«tal que sentí en el jardín de las Olivas; y esta par«ticipación de mi tristeza te reducirá á una especie «de agonía más insoportable que la muerte. Me «acompañarás en la humilde oración que presenté «entonces á mi Padre en medio de todas mis angus«tias; y para esto te levantarás entre once y doce de «la noche, y permanecerás postrada conmigo duran«te una hora con el rostro en tierra, tanto para apa«ciguar la cólera divina pidiendo misericordia por los «pecadores, como para honrar y endulzar en algún «modo la amargura que sentí por el abandono de «mis Apóstoles, lo que me obligó á reconvenirles

«porque no habían podido velar conmigo una hora. «Durante esta hora harás lo que te enseñaré.»

«Y Jesús añadió: —«Mas escucha, hija mía, no creas «ligeramente á todo espíritu, ni te fíes de él. Sata«nás, furioso contra tí, busca cómo engañarte. Por «esto no hagas nada sin la aprobación de tus supe«riores, á fin de que, encontrándote apoyada en la «obediencia, no te pueda dañar, pues no tiene poder «sobre los obedientes.»

«Mientras duró esta celeste visión no sabía dónde me encontraba. Cuando hubo terminado, estaba toda fuera de mí, encendida y temblorosa; no podía sostenerme ni hablar.»

Después de esta sagrada aparición, era tan vivo el dolor que contínuamente sentía la beata Margarita, tan violento el fuego del amor que la abrasaba, que no pudiendo soportarlo, cayó enferma, y estuvo á punto de morir. «El fuego que me devoraba, dice, me produjo una calentura fuerte y tenaz; pero en el exceso de mi alegría en sufrir, no podía quejarme, y nada de esto manifesté hasta que me faltaron las fuerzas. La calentura duró más de dos meses. Jamás sentí tanto consuelo, porque todo mi cuerpo sufría extremos dolores, y esto aliviaba un poco la ardiente sed que tenía de sufrir, no alimentándose este fuego divino más que del madero de la cruz, es decir, de toda clase de sufrimientos, desprecios, humillaciones y dolores. Todos creían próximo el fin de mi vida.»

En vez de morir, la beata Margarita sanó súbita y sobrenaturalmente, habiéndole pedido sus superiores esta señal de la realidad de la visión, que había tenido que participarles en virtud de santa obediencia. Nuestro Señor le devolvió así milagrosamente la salud ó más bien la vida por medio de la Santísima Virgen. La Madre de Dios se dignó aparecérsele; la bendijo, la consoló largamente, y apenas concluyó la visión, sor Margarita María pudo levantarse, salir de la enfermería y volver á los ejercicios de religiosa. Toda la Comunidad vió, llena de estupor, andar libremente á la que pocas horas antes parecía no quedarle un soplo de vida. Así la revelación del misterio del sagrado Corazón recibió desde su origen el sello divino de la certeza, el sello del milagro.

¡Con qué fe tan profunda y con qué amor debemos, pues, honrar, invocar y adorar al divino Corazón de Jesús!

¡Oh dulce Jesús mío! encended en mi corazón ese ardiente fuego en que se consume el vuestro; que un celo ilustrado lo abrase, y que el espíritu que dirigió vuestras obras, dirija también las mías. Que mi alma, oculta en el retiro de vuestro Corazón, viva muriendo á sí misma, y que olvidando las locas alegrías del mundo, se una para siempre á Vos.

III

Tercera revelación del Corazón de Jesús

Una nueva gracia, más importante aún que las precedentes, recibió la beata Margarita del sagrado Corazón. Era durante la octava de Corpus, y estaba en adoración en la capilla del monasterio. Sentíase movida extraordinariamente á devolver á su Salvador amor por amor. Arrebatada y fuera de sí, vió á Jesús que le descubría su divino Corazón, y le decía: «Mira este Corazón, que tanto ha amado á los hombres, hasta el extremo de anonadarse y consumirse para testificarles su amor. En pago de este sacrificio sólo recibo de la mayor parte de ellos ingratitudes, á causa de los desprecios, las irreverencias, los sacrilegios y la frialdad con que me tratan en este Sacramento de amor.

«Pero lo que me es aún más sensible, es que me traten así corazones que me están consagrados.

«Por esto te pido que el primer viernes, después de la octava del Santísimo Sacramento, se consagre á celebrar una fiesta particular para honrar mi Corazón, desagraviándole públicamente, comulgando en dicho día para reparar los indignos tratamientos que ha recibido durante el tiempo que ha estado expuesto en los altares. Yo te prometo que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias